

Rayo de sol, te quebraste
Del lago en la blanca espuma.

Armonía, te extinguiste
Entre los pliegues del viento;
Tú, mi dicha y mi contento,
Me abandonaste y te fuiste.

Y mi dicha te llevaste
Mi esperanza y mi consuelo,
Y en noche de acerbo duelo
A mi corazón dejaste:

Noche negra, noche fría,
Más triste que la del Polo,
En que Dios mide tan sólo
Lo hondo de la pena mía.

Ay! tu nombre al pronunciar,
Siento, mi Raquel querida,
Que del corazón la herida
Vuelve otra vez a sangrar!

TOMÁS O'CONNOR D'ARLACH.

Octubre 18 de 1907.

«La Vida Nueva»

Señor don José Enrique Rodó.

Respetado señor y amigo:

¡Cuánto le agradezco su libro de crítica! En la indiferencia semi escéptica que domina los espíritus, en el bizantinismo literario en que hemos caído, todo aquel que con viril esfuerzo propendía a levantar los ánimos, a dar una palabra de esperanza y a mostrarlos, como celaje de próxima y lucente aurora, una vida nueva, un mundo en el cual todos rindamos culto a la Verdad y a la Belleza, debe ser recibido con «albricias, y considerado, no ya como profeta mesiánico que con yambos flagela a los gentiles, sino como un apóstol de concordia y bienandanza. — Por tal le tengo a V.

Su libro, pues, me colma de satisfacción, y las consideraciones que él me sugiere, recíbalas como una prueba de simpatía y de respeto.

El Buen Genio del Arte, después de haber rozado con sus alas las frentes del autor de la *Comedia Humana* y del imaginador de *Madame Bovary*, se-posaba en el bosque de Medán para cantar las glorias del predestinado revelador.

Los que se habían mareado con el divino alcohol de los Tres Poetas, y los descontentos de siempre, los intransigentes incitadores, pretendían echar todo a la obra del Maestro. Inútil empeño: el ángel guardián extendía sobre el atleta solitario sus alas gigantes, y *L'Assommoir* y *Germinal* eran el grito de combate que, atravesando ríos y cruzando mares, llegaba hasta lo más escondido de las almas, convenciendo a impugnadores y halagados a partidarios.

Pero un mal día el Buen Genio, descubriendo nuevos misterios, levantó el vuelo hacia el cielo. Hoy sigue viajando sin lugar donde posarse, o según dijo de Cortés y Pascua, «vuela por el horizonte sin divisar al que vendrá».

El Arte de Gautier — que puede parangonarse con una belleza desnuda, que al acariciarnos nos dejara impresiones de esqueleto y fueran sus ósculos, ósculos de muertos — ya no existe; porque a sus hierofantes lo encuegueció la luz de la verdad, el grito de la carne, que en vano pretendían sofocar con el mármol cincelado y el bronce bruído.

Los que buscaron nuevos deleites en las honduras de espíritu, en la descripción paciente de los misterios del alma, se sienten débiles; y sin estrella que los guíe, ni mano que los ayude, piden por medio de su profeta la vuelta de «la divina virtud de la alegría en el esfuerzo y de la esperanza en la lucha.»

El viejo pensador del Norte — «el hombre de la cara de oso polar» — se va perdiendo en las brumas del olvido; y el ruso místico, después de haber roto la pluma que trazó la *Sonata de Kreutzer* y *Ana Karenine*, predica el Evangelio a la gente rústica, olvidado por completo del mundo de sus glorias.

Buscando el Mediodía, encontramos al Buen Genio volando sin cesar, padeciendo de nostalgias de nuevos amores y de nuevos deleites. En vano se detiene y clama por otra Gloria, por otra Pepita Jiménez y por otra Fe. — En vano; y el Buen Genio, cansado de esperar, sin rumbos, pero siempre esperanzado, remonta el vuelo hacia lo ligero, a perderse en los celajes grises...

Después de lo que apuntado queda — esa repetición de lo escrito por V. con las ventajas del buen decir y del mejor pensar — ¿cómo no esperar al que vendrá? ¿cómo no bendecir de antemano al profeta que, como el fuego de los israelitas, que la caravana que espera a angustiosa y fatigada?...

Yo, llevado por la hermosa fe que campea en sus escritos, y por el fuego de su voz, le espero tranquilo ya, seguro de que sus clamores no han de perderse en el abismo de la nada. Y le espero, como parece que le prefiere V., como un apóstol amoroso y bienhechor — Vestirá el color de la esperanza, coronará su frente el olivo de la paz, y reconciliando, — no destruyendo, — nos indicará la ciudad gloriosa, donde el lema «Verdad y Belleza» luce con fulgores que acariácian, mas no encuegecen.

En el segundo de sus opúsculos, donde al igual del anterior sobresale su amplio eclecticismo — tan elogiado por Salvador Rueda, — la crítica que V. hace se convierte, con relación a este momento literario, en verdadera «cuestión palpitante».

No ha mucho que don Juan Valera, consecuente con las ideas vertidas en los artículos «Moral y Estética», «Fines del Arte fuera del Arte» y «El Maestro de Palmira», se declaraba, en una crítica al propósito de *El Extraño* de nuestro compatriota Carlos Reyles, franco enemigo de la novela nueva y valiente propagandista de un Arte en el cual «no haya otro fin ni propósito que la creación de la belleza» de un Arte que sirva para «el pensamiento humano y aquecía al espíritu».

Valera, en su lenguaje nuevo a la vida comunal, en su *Partido Nuevo* es partidario de la novela nueva.

dario del Arte «señor de sí, desinteresado y libre;» y en este punto, por desgracia mía, no concordáramos, si las amplias aclaraciones que siguen en su crítica, no le presentaran enemigo del Arte que sólo alegra y deleita. No soy partidario del Arte del pasado; y para quitar a mi opinión algo de lo mucho de ridículo que ella aparentemente contenga, trataré de explicarme como mejor lo pueda.

Y vamos a cuentas.

Si bello es ver deslizarse al río, entre festones de verdura ó sábanas de blanquísima arena, y perderse en las espumas del oleaje oceánico, mil veces más bello es ver esas ondas mover, con sus pujantes esfuerzos, la rueda del humilde molino, ó verlas despararramarse, como líquido maná, entre las mil canales en que el hombre las aprisiona, y maneja a su albedrío, para regar los sembrados que darán pan al pobre y manjar delicioso al rico.

Yo concibo al poeta como el río que fertiliza. Hermoso es verle encumbrarse, en alas del ingenio, para mostrar los encantos mil de la belleza; hermoso, muy hermoso, verle aplicar a su obra todas las energías de su cuerpo y todas las luces de su mente, para hacernos partícipes de sus dolores ó de sus alegrías, de sus desencantos ó de sus esperanzas. Pero mil veces más hermoso, verle, como Cristo en la Montaña, luchar por una idea, predicar una doctrina, mostrando a los amantes de la Verdad y de la Belleza, que lo deleitable no está reñido con la enseñanza.

Así han concebido al poeta, y así han concebido al Arte los más grandes ingenios de la humanidad.

Las enmarañadas teorías de una religión vasta y misteriosa como el Himala ya, hincos en honor de dioses y de héroes, sencillas doctrinas de una moral embriónica aún, se unen y confunden con las mil bellezas del *Mahabarata* y del *Ramayana*.

Olvidémonos de Troya y sus magníficos guerreros; echemos al olvido al desdichado y arriero Ulises; no pensemos ni en la mujer de fatal hermosura ni en la más fiel de las esposas. Pero no podrá olvidarse la lucha entre Oriente y Occidente, no podrá olvidarse el cuadro maravilloso en el cual el poeta encerraba la naturaleza, las sociedades, la religión y las costumbres. ... porque Homero no entusiasmaba sin enseñar.

Hubo un momento histórico, en que, en busca de la forma, anduvo errante el pensamiento.

El poeta, mejor dicho, el cristiano, pensó; y el pensamiento tuvo su forma: la *Divina Comedia*.

Preguntad a los moradores del Infierno, por qué les visitó el Dante. — Paolo y Francesca lo saben. ... — Léansse, por separado y una por una, las inmortales estrellas, y la enseñanza sublime del moralista, rayo justiciero, hará palpitar la forma del poema.

— Sin las armonías de la lira, la *Comedia* es una doctrina.

Los bardos del Norte, paídos poetas, cantaban en sus haladas melodías el amor y la gloria. Pero añaban crónicas; y con ellos cesaban los dulcísimos acordes de sus trovos ó los marciales ecos de sus him-

nos. — Sifrido y Crimilda preciában un poeta. . . .

El bardo pálido cantó, y los pueblos del Norte tuvieron su epopeya.

Hasta aquí los hombres no ansiaban un *más allá*; un más allá que calmara la sed de ciencia que sus mentes trastornaba.

« Nunca abandona la esperanza al loco soñador de quimeras. . . »

y el poeta no desfalleció: se alzó imponente, desplegando á todos los vientos la inmortal divisa, *hallando en todas partes poesía*, hasta hacer brotar de su germánica lira los acordes mágicos de la epopeya del presente.

Conviértanse en prosa los versos del *Fausto*, y el filósofo surgirá luciente, magnífico.

Reforzados con esos ejemplos mis pobres argumentos, ellos adquieren su poquillo de lógica. De manera, pues, que la *novela nueva* la concibo novela *tendenciosa*; porque siendo el poeta, como lo califica el autor de *Beba*, « un gesto de la doliente humanidad, » ha de luchar, por consiguiente, por una idea, por una doctrina, ya que no por una escuela. Pero teniendo al *que vendrá* por un apóstol amoroso y bienhechor, la *novela nueva* no vendrá á destruir ni menos á crear: ella tendrá la misma divisa del autor del *Wallenstein*, y al abrigo de ella, patentizará las exquisiteces y raros pensamientos de los *sensitivos*, sin menospreciar los primores de la belleza deleitable. Para concluir: la *novela nueva*, siguiendo mis teorías, vendrá á reconciliar á intransigentes y á ilusos. — Ya lo ha dicho V.: — « el espíritu nuevo viene á fecundar, á ensanchar, no á destruir. »

Y para acabar, también, con estos tiquismiquis en que me he metido, ¿qué más podré decir del libro de V.? . . .

Censurar, sería injusto. — Alabar, sería necedad: ya lo han hecho personas que, como *Clarín*, por ejemplo, valen mil veces más que yo.

No pudiendo, pues, ni elogiar ni censurar, sólo le pido eche al olvido estas insulsas elucubraciones.